

El valor  
de los principios  
y la trascendencia  
de las convicciones

# 70 años de militancia comunista

**Eduardo Mora Valverde**  
**Memorias**  
**Juricentro**  
**290 págs.**



La práctica de la política ocurre al menos en dos esferas, la pública y la privada, es decir, impulsada por los principios y determinada por las convicciones.

Pretender divorciar al sujeto social de la práctica política no sólo es un contrasentido, sino que viene a ser otro de los síntomas alarmantes de confusiónismo ideológico de la sociedad contemporánea. Confusionismo que redundará en la incapacidad de los sujetos sociales de tomar sus propias decisiones, de defender su lugar en el medio social y, en última instancia, de garantizar su supervivencia digna.

El paso del siglo XIX al siglo XX estuvo marcado por el predominio de la visión humanista materialista, orientación que marcó prácticamente todo el actuar del último siglo, considerando el más vertiginoso de la sociedad humana.

Los grupos socialmente explotados desde muchos siglos atrás, y cuyo accionar apuntó a luchas reivindicativas para defenderse de la explotación extrema o sus mínimas condiciones de supervivencia, se constituyen por primera vez en una fuerza política orgánica ya no sólo reivindicativa. Los populistas, socialistas, anarquistas, etcétera, se conforman en un grupo político con discurso propio, y con una propuesta de transformación de la estructura social: los comunistas.

La aparición del Manifiesto Comunista es la convocatoria.

Al descontento de los grupos populares, obreros y campesinos, se suman las convicciones de la intelectualidad burguesa y los reclamos de pequeños burgueses que claman por un lugar en una sociedad dominada por monopolios y con tendencia a una reconfiguración de un sistema donde unas pocas naciones con ejércitos y economías poderosas, pretenden sojuzgar a naciones más pequeñas y exportar sus riquezas, pero sin el modelo colonialista, sino mediante un sistema de dependencias y controles geoestratégicos: el imperialismo.

La lucha antiimperialista, que confronta al nuevo modelo que pretende excluir, segmentar, explotar y utilizar el mundo mediante una división en zonas

previamente definidas como herencia del colonialismo, toma como emblema la lucha interna de una de las naciones más poderosas de la vieja Europa y cuya población quizás era la más atrasada, la Rusia de los zares.

La revolución rusa es el primer gran logro de esta convergencia donde necesidades, reclamo, descontento, principios y convicciones, ya no sólo se plantea una reivindicación, sino una transformación completa del modelo social mediante un sistema de organización política donde la prioridad esté en quienes producen la riqueza y no en quienes la poseen.

El líder de la revolución rusa se convierte a su vez en un teórico de esta nueva propuesta y de los mecanismos para alcanzar un sistema distinto. Vladimir I. Uliánov, conocido como Lenin, articula en su discurso la interpretación del proceso vivido por Rusia y, con el instrumental legado por Karl Marx en su materialismo dialéctico e histórico, conforma una sistematización que sirva para orientar el descontento que cunde en el mundo.

Las luchas populares se conforman en organizaciones políticas marxistas-leninistas donde confluyen trabajadores independientes, pequeños comerciantes, asalariados, intelectuales, obreros y campesinos. Estos partidos

comunistas ofrecen su propuesta para disputar la toma del poder a los partidos tradicionales de los grupos dominantes.

El comunismo es el modelo en que muchos ven la posibilidad de erradicar grandes injusticias sociales, lograr una sociedad más justa y solidaria, vencer las desigualdades y alcanzar una sociedad humanamente más equilibrada y mejor para la mayoría.

Es así como se funda en 1931, el centro de estudios marxistas Asociación Revolucionaria de Cultura Obrera (ARCO), embrión del Partido Comunista, que se fundó el 16 de junio de 1931.

Eduardo Mora Valverde era apenas un chiquillo de ocho años cuando se echó a la calle a vender el periódico "Revolución" en 1930.

Así empezó una vida de militancia comunista a la que ejemplarmente se ha mantenido fiel a lo largo de más de siete décadas durante las cuales se ha marcado la historia de Costa Rica sensiblemente.

En este libro Eduardo Mora Valverde evoca sus vivencias y convicciones en una vida dedicada enteramente a defender los más altos intereses humanistas, como combatir la injusticia, buscar una sociedad más equilibrada y mejorar las condiciones de vida de la mayoría.

Las personas comprometidas con sus convicciones, fieles a sus principios, son cada vez más escasas en el convulso cambiar de los tiempos actuales. Los derrotados parecen haberse perdido y mientras va la nave política a la deriva, la reflexión de lo que se ha hecho adquiere mayores grados de necesidad.

Eso es uno de los grandes valores que tiene este libro, su reflexión sana y autocrítica.

El proyecto comunista sucumbió ante sus propios errores, quizás los dos más grandes hayan sido querer alcanzar el futuro con un paso y que los militares fueran los primeros en darlo. Pero es cierto también que el proyecto comunista convocó a algunas de las mentes más brillantes del siglo XX, como Charles Chaplin, Picasso o Pablo Neruda, cuyo humanismo incontestable marcó nuestra sociedad.

El Partido Comunista Costarricense y su comunismo criollo, tuvo características muy peculiares, quizás la mayor de ellas y que le valió la sanción del comunismo internacional, fue haber pactado con la Iglesia Católica en los años 40 para propulsar una reforma social. El marxismo fue interpretado por el comunismo costarricense no como dogma, sino como instrumental y mientras el mundo empezaba a dividirse en dos bloques y preparaba las bases para la Guerra Fría, la posición autónoma, aunque solidaria y comprometida de los comunistas ticos, no dejaba de ser incómoda.

En las luchas liberadoras de otros pueblos centroamericanos y latinoamericanos, el Partido Comunista costarricense manifestó su apoyo y solidaridad, pero no comprometió su soberanía. Las mismas condiciones sociopolíticas de Costa Rica le permitían cumplir una función

de apoyo, pero a la vez autónoma en los procesos de otros países y esencial en el propio.

Pero fue la Guerra Civil de 1948, la que marcó su destino.

El pacto de Ochomogo entre Manuel Mora Valverde, líder del Partido Comunista, y José Figueres Ferrer, líder de los alzados, determinó el futuro del partido comunista. Proscrito, pese al Pacto y al honor comprometido por Figueres, perseguido, pese al sistema de derecho y al mismo presidente Figueres, el Partido Comunista tiene que pasar a la clandestinidad y algunos de sus dirigentes exiliarse para salvar la vida.

Aunque la lucha comunista y sus ideales se mantuvieron contra toda adversidad, impulsados por la mística, los errores del dogmatismo alcanzaron a la organización autóctona.

Como una mala copia de los procesos stalinistas, los procesos de purga y lucha interna en el Partido Comunista provocaron, en 1983, la división del partido más antiguo del sistema político costarricense.

La caída de los regímenes de los gobiernos unipartidistas de la Europa del Este y del gobierno de la Unión Soviética emblemáticos con la demolición del muro de Berlín en 1989, determinaron un debilitamiento esencial en la militancia comunista.

No obstante, la mística de algunos viejos militantes se mantiene. Estas memorias de Eduardo Mora Valverde y sus 70 años de Militancia Comunista, son un ejemplo.

Existen múltiples razones para reflexionar y revisar el comunismo y sus actuaciones, pero no existe ninguna para hacer claudicar en las convicciones y principios de los más altos ideales de los comunistas.

Manuel Bermúdez